

Puntos de fuga

Seraphim Falls

Un viaje ¿por el lejano oeste? para un duelo posible

GABRIELA MERCADAL

Un buen film "crea" un mundo, una atmósfera, una situación; despliega la posibilidad de "abrir" un lugar, un espacio ficcional. Logra tornar novedoso lo conocido. Presenta la eventualidad de la sorpresa allí donde lo esperable no se deja asir. No tan sólo a través del texto, sino, sobre todo, a través de los recursos que la estética particular del cine ofrece. El escenario escogido, así, puede ser la "excusa" que permita situar "otra historia" que la oficial, que la que se supone o la que se espera. Allí, entonces, la posibilidad de dejarnos sorprender. *Seraphim Falls* nos ofrece esa posibilidad. Y es el caso del llamado -encasillado- "western", cuyo título en castellano, una vez más, lleva a aplanar lo que la multivocidad que su título original contiene de riqueza.

Un buen film, entonces, abre a lecturas diversas que muchas veces pueden sorprender al espectador o hasta al mismo director (sin querer asimilar el valor de los films, sino sólo ejemplificar lo planteado, ¿se proponía voluntariamente Michael Curtiz al dirigir *Casablanca*, convertirlo en uno de los films más vigentes de la historia del cine, que resultó de un relato tan "simple"?).

Con ello apunto a que algunas de las críticas hechas al film que nos ocupa, planteadas desde los supuestos propósitos de "ser un western" o de "tratarse de una historia de venganza" cierran por la vía del "sentido" -único- lo que la estética abre, descuidando así otras vertientes posibles (si nos detenemos en otros elementos que el film también presenta).

Por una de esas aberturas, podemos seguir la estela dejada respecto de un "Viaje singular" (así, con mayúscula). Es cierto, a través del lejano oeste, pero abriendo las puertas de "otro viaje". A través del poco pero ajustado texto, de una fotografía impecable y de los "fuera de sentido" (que no necesariamente nos envían a "lo ilógico", sino, más bien, que presentan "otra lógica" en danza en el film) presentado por los dos personajes que interpelan a los protagonistas hacia el final, se precipita el orden de la Decisión (también con mayúscula) que a cada uno de los personajes le compete. Decisión de vida. Decisión respecto de lo muerto, de lo perdido. Decisión de cómo responder al porvenir del pasado.

El lejano oeste, entonces, se torna sólo un escenario reemplazable por cualquier otro; la venganza, una excusa para el viaje que sintetiza, en el "nimio" pronunciar de un nombre largamente silenciado -en el final del film-, el Duelo por fin realizado. Aquel que otorga la paz necesaria para emprender *otro viaje*.

La sutileza de ese viaje emprendido, entonces, nos llega en este film, a través del contrapunto "acumulación" y "desprendimiento", sostenido alternativamente por los personajes a lo largo de todo el film. Sólo una palabra, entonces, para salir de la irreductible dualidad amor - odio. Abriéndose así

otra perspectiva para el universo previo de cada uno de los personajes. La culpa de un lado y el odio del otro, ceden su lugar a lo nuevo, aún por decidir. La sutileza del film también allí se presenta: no es sin la incertidumbre del por-venir; pero tampoco es sin el desprendimiento de lo que agobiaba.

Esto, para mí, presenta este bello film. ¿Por qué cerrarlo -llenarlo- con sentidos (y su contrapunto de supuesto sinsentido) cuando a través de una fina estética, queda abierta la significancia (no el significado) que para cada quien convoque el film?

Retomo entonces el comienzo. Esa “abertura” que invita a adentrarse por otros meandros que los del “film oficial”, que invita a nuevas lecturas, que promueve el compromiso del cuerpo más allá de las miradas que fijan y que pretenden el buen ajuste a los sentidos planteados de antemano, hace, para mí, a un buen film. Y por ello, allí ubico a *Seraphim Falls*. ■

El presente texto fue publicado en www.cineismo.com, 2007.